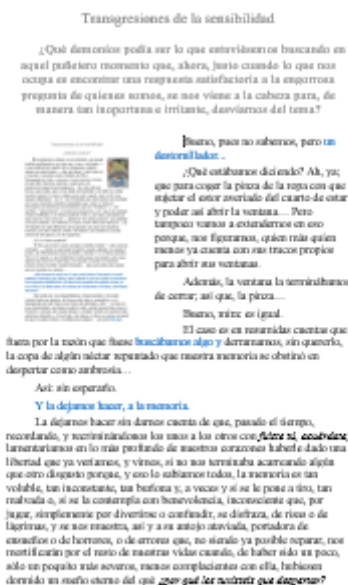


# Transgresiones de la sensibilidad

## Buscábamos algo y



en nuestro desordenado arganear por cajones y altillos y rincones, y cajas de galletas y zapatos de esas que se almacenan conteniendo junto a la corporeidad del objeto guardado<sup>1</sup> el secreto insondable de un “para qué” inequívoco que el tiempo ha ido borrando *sin piedad y sin ira* toparon nuestros dedos con las cuentas de un rosario de nombres y de rostros desgranados, tan jóvenes que *pero quién* — costaría trabajo no exclamar si no fuera por el justo temor a que la voz exclamando se quebrara, de tan vieja y tan ajada ya — *diría...*



(esto es un fragmento de lo que, a juzgar por los papeles encontrados en el baulito de Valentina, se recuerda como un primer intento de intervención de Bernardina en su momento y en *su día*).



<sup>1</sup> Que las más de las veces no es ni mucho menos el buscado sino alguno tan extemporáneo como una barra de labios — Ana Bolena, que quién se acuerda (no de la reina y su triste final sino de la marca), de color granate —, o una moneda que dejó de ser de curso legal hace ya décadas, o *una receta manchada de grasa*, o un frasquito diminuto que — encajado en un zapatito de tacón también diminuto de color (también) granate — exhibe una etiqueta en la que puede leerse “*¡mais oui!*”; o una llave que sirvió para abrir qué, o una estampa, o la jirafa de cristal (de cristal, sí, con su cuello tan largo) que salió milagrosamente indemne de un roscón de reyes, o...

¿Qué andábamos buscando?